

Mauro Cerbino
coordinador

Volumen I
Más allá de las pandillas:
violencias, juventudes y resistencias
en el mundo globalizado



© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Inclusión Económica

y Social - MIES

Edificio Matriz, Robles No.850 y Páez

Quito Ecuador

Telf.: (593-2) 398 3000

www.mies.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-296-9

Cuidado de la edición: Santiago Rubio Casanova

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Crearimagen

Quito, Ecuador, 2011

1ª. edición: septiembre de 2011

Índice

Presentación	7
Introducción	
Desencajamiento y crítica del conocimiento sobre jóvenes	9
<i>Mauro Cerbino (Coord.)</i>	
Anatomising Gang Talk	25
<i>Simon Hallsworth</i>	
Jóvenes víctimas de violencias y pandillas, claves de intelección para una aproximación crítica	47
<i>Mauro Cerbino</i>	
Identificaciones de guerra. Rituales de hermandad entre jóvenes delincuentes en la Argentina contemporánea	73
<i>Alejandro Isla</i>	
De las pandillas a la cárcel: vivencias de la detención	93
<i>Cristina Oddone y Luca Queirolo Palmas</i>	
The different faces of Russian street gangs	121
<i>Svetlana Stephenson</i>	
‘Cocaine Queens?’: the transnational transfer of anti-feminist backlash	153
<i>Jennifer Fleetwood</i>	

Las normas del crimen y los jóvenes de San Pablo (portugués)	177
<i>Marisa Feffermann</i>	
Glocalidades, deseos legítimos e ilegítimos: el gran Torino y la Virgen de los Sicarios	197
<i>José Antonio Figueroa</i>	
La Mara como ejercicio de contrapoder	211
<i>Hugo César Moreno Hernández</i>	
El éxito de las pandillas. El fracaso del periodismo	235
<i>José Luis Sanz</i>	

Contenido del DVD

Conferencias magistrales de:

- Teresa Caldeira, Universidad de Berkeley, California, USA.
- Jeff Ferrell, University of Texas at Austin, USA.
- José Manuel Valenzuela, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México

El éxito de las pandillas. El fracaso del periodismo

José Luis Sanz*

La salvadoreña ha sido históricamente una sociedad de fronteras inamovibles. Y lo sigue siendo. El índice de movilidad social es de los más bajos de América Latina. El mapa de nuestras clases altas, medias y bajas apenas ha variado en las últimas cuatro décadas y la migración a Estados Unidos o a Europa es el sueño de la mayoría de la población. Lógico: abandonar tu casa, tu barrio, tu país, ha demostrado ser la herramienta de progreso más efectiva para los individuos, no solo en El Salvador sino en la mayor parte de Centroamérica; es la inversión –económica y vital– más rentable, pese a que para la mayoría conlleva un alto riesgo de sufrir asaltos, violaciones y torturas, incluso la muerte en el camino. En 2009 más de 10 000 migrantes centroamericanos de los que atravesaban México camino al sueño americano fueron secuestrados; un 70% de las mujeres en el camino sufrieron algún tipo de violación; es imposible calcular cuántos perdieron la vida. Pero El Salvador, que hasta la firma de la paz en 1992 sufrió 12 años de brutal guerra civil, cerró 2009 con una tasa de 71 homicidios por cada 100 000 habitantes. El riesgo de violación o muerte no es a estas alturas un gran disuasor.

Quedarse en el país es someterse a sus condenas y a sus fronteras, a un tablero en el que es físicamente complicado pasar de una casilla a otra. Las clases altas y medio altas vivimos en zonas residenciales más o menos seguras, más o menos blindadas; asistimos a centros comerciales

* Periodista y documentalista.

y cines con comodidades europeas, neoyorquinas; accedemos a visados para viajar legalmente a Estados Unidos; atravesamos la temida San Salvador tras los vidrios del carro o el taxi. A nuestro lado, las clases medias-bajas urbanas trabajan las horas que haga falta para poder llevar a sus hijos a una escuela privada con la intención de redefinir el perfil social de sus hijos, pero, a menudo, su salario no alcanza para elegir el lugar de residencia ni el medio de transporte. Es decir: están forzados a vivir en barrios con altos niveles de delincuencia y viajan en autobús, no solo un espacio de hacinamiento y de prostitución de lo público –pésimo servicio, conducción temeraria a alta velocidad, precios elevados– sino, además, uno de los principales escenarios de asalto y de violencia armada en El Salvador.

Al final, solo las clases más bajas viven la calle y se definen en la calle. Porque no les queda más remedio. Sus hijos asisten a centros escolares públicos que, con cada vez mayor frecuencia, son espacio de acción de pandilleros cada vez más precoces y en los que, amenazados por la mara, los profesores y directores no son la principal autoridad. Los hijos no solo de las comunidades marginales, sino de buena parte de las barriadas populares de El Salvador construyen su ocio en la calle, articulan sus relaciones en la calle, esculpen su carácter en la calle.

En este contexto, las juventudes reproducen los patrones y el comportamiento estratificado de las generaciones anteriores, bajo un doble esquema de segregación y de refugio.

Muchos de los niños y adolescentes de clase media y alta, en Guatemala o El Salvador, nunca han caminado más de dos cuadras por una acera o se han sentado en una plaza pública o un parque. Su espacio natural de relaciones es el de los hijos de los amigos de sus padres o el de los compañeros de escuela, con los que crecerán y se relacionarán cuando sean grandes. Es normal entonces que un mediano empresario salvadoreño, con estudios en Europa, reconozca que no eligió el colegio –privado por supuesto– de sus hijos bajo el criterio de la excelencia académica, sino pensando en los vínculos sociales que allí cultivarían. *Porque esos son para toda la vida*, en sus palabras textuales.

Grupos de decenas de jóvenes procedentes de las élites se toman esporádicamente redondeles o calles con banderas y pancartas... en campañas

de recogida de fondos para obras de caridad. Pero obviamente su audacia no va más allá de los espacios públicos de las partes altas de la ciudad. La calle, en estos casos, es una aventura, una travesura, un espacio que se invade en pseudotransgresión, pero sin afán alguno de ruptura de las fronteras imaginarias que impiden a esos jóvenes transitar más allá de cierta calle o avenida, frontera con otra parte de la ciudad que para ellos es otro país, otro mundo.

No difiere tanto de lo que sucede con otros grupos, o con ciertas tribus urbanas y manifestaciones, identidades alternativas, que asumen también el comportamiento sectario y circulan en zonas de la ciudad, locales y momentos propios. Sin invadir espacios, como cabría esperar de las naturaleza otrora contracultural de estas tribus. Sin desafiar a otras voces, sin dialogar con ellas.

En política, con partidos que se aferran al verticalismo interno y que, por tanto, no ejercen la democracia interna ni son incluyentes en su funcionamiento orgánico (es absurdo entonces esperarlo de su acción política) los jóvenes están encargados del pinta y pega, de la agitación de banderas, de la organización de eventos, pero permanecen apartados, sin demasiada queja, de la construcción de propuestas.

Sí, asistimos a los primeros esfuerzos, cortos, aún verticales, de clases medias acomodadas que intentan generar un cierto debate entre jóvenes acerca de los grandes temas de país y el papel de la misma juventud en la ecuación política. A través de la web, iniciativas como “Medio lleno”, “Generación 92” o “Creo”, primeras muestras de acción política juvenil desde la sociedad civil, nacieron en El Salvador coincidiendo con el desconcierto de los liderazgos sectoriales tradicionales tras la llegada al poder Ejecutivo de un partido de izquierda por primera vez en la historia del país¹.

Pero es pronto para calcular el alcance real de estas propuestas y, en general, en El Salvador los jóvenes no encuentran ni generan espacios claros de encuentro fuera de su identidad de grupo. Es, tal vez, falta de una conciencia real de sociedad común. La mayoría de convocatorias cultura-

1 El 15 de marzo de 2009, el periodista Mauricio Funes alcanzó la presidencia de la República como candidato de la antigua guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), frente al candidato de Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), partido que llevaba al frente del poder Ejecutivo 20 años.

les, de inclusión, de revisión de dogmas, no han ejercido en la última década ningún contagio hacia el resto de la sociedad, y no han logrado tener ninguna incidencia en el proceso político ni de construcción de identidad colectiva en un país de postguerra.

Con una clara excepción: las pandillas

En El Salvador muchos jóvenes solo pueden escoger entre dos espacios si quieren tener algún grado de control sobre sus vidas: el afuera, la huída, el cambio de barrio, de municipio o de país; o la mara, entendida aquí como término genérico. La tercera opción, vivir en el lugar donde se creció y permanecer fuera de la pandilla es enfrentarse como víctima a una doble represión, al choque de dos violencias: la del modelo económico-social y la de la pandilla. Por eso la entrada en la mara es, a menudo, una decisión inteligente, un ejercicio de sentido común: porque muchos jóvenes son más dueños de su vida —o del sentido de su muerte, que no es poco— en la pandilla que fuera de ella.

Si aceptamos, como ha sostenido la academia, que las pandillas nacen desde la búsqueda casi instintiva de una identidad en resistencia, de una voz, de algún poder, no es descabellado afirmar que han tenido éxito en gran medida: si desde su origen las pandillas que operan en El Salvador, como ocurre en fenómenos similares alrededor del mundo, hicieron del espacio (el barrio en un inicio) su principal seña de identidad, ahora controlan barrios y localidades enteras. Las pandillas controlan territorio en países en los que las élites no creen en lo público (probablemente ni siquiera entienden el concepto), se aíslan del espacio colectivo y desde el poder político y económico no lo defienden.

No solo eso. En estos momentos, las pandillas controlan las cárceles que ocupan (y que les fueron asignadas en exclusividad mediante políticas de segregación carcelaria que, en teoría, aspiraban a facilitar su control y garantizar su seguridad) y las han convertido en una plataforma desde la que consolidan su identidad, dirigen negocios ilegales y dan línea a sus *clicas* en el exterior. Establecen costos y estrategias para cobrar renta, validan relevos jerárquicos, ordenan homicidios... Sin obviar el carácter inhu-

mano de las condiciones de vida en las cárceles salvadoreñas, los pandilleros han roto el sentido impuesto de su marginalidad geográfica, y la han convertido en refugio, cuartel. Han reinterpretado el espacio de reclusión que el sistema penal asigna a aquellos que cometen un delito, y han hecho de él un puesto de mando y un territorio independiente de la misma legalidad que los recluye, una plataforma desde la cual sobrepasar esa legalidad, un espacio de nueva impunidad.

Sin acatamiento de las fronteras sociales tradicionales ni de las fronteras estatales, puesto que se expanden y reconocen a sí mismas en diversos países, las pandillas se asientan en Centroamérica cargadas de una identidad no ya individual sino casi nacional. Y el hecho de que sus integrantes, en reacción a las estrategias policiales, hayan abandonado progresivamente el tatuaje como seña principal, tribal, de expresión de identidad, no ha debilitado ni un ápice su conciencia de grupo.

Por otro lado, si no encontraban voz, no es necesario extenderse mucho para señalar que los pandilleros han hecho de la violencia un idioma que la sociedad salvadoreña no entiende o no quiere entender, pero sin duda escucha.

Y por último, si aspiraban, como cualquier grupo social lo hace, de forma natural, al poder, ahora son un poder real, probablemente sin articulación ideológica, aún con fines difusos (las metas económicas comienzan a desplazar a otras más simbólicas), pero un poder que en barrios y municipios enteros decide sobre la vida y la muerte, que define las rutinas de convivencia y que incluso impacta en la cosmovisión de los vecinos. En palabras de Zulma, una vecina de la comunidad Sierra Alta de Mejicanos, al norte de San Salvador, cuyo primo fue asesinado por la Mara Salvatrucha (MS): “Lo que quiero es trabajar y marcharme de este sitio. No por mí, sino porque mis hijos acaban siendo un factor de riesgo. [...] Yo si hubiera tenido la conciencia social que tengo ahora no tendría hijos; me hubiera esterilizado. Y los amo, pero este país no es apto para tener hijos”. Si asentar esa idea en la mente de una madre no es poder, difícil saber qué sí lo es.

En agosto de 2010, ese poder logró, valiéndose únicamente de la amenaza al sistema de transporte público, casi paralizar El Salvador entero, y

forzó un paro del transporte, el cierre de comercios, el adelanto de horas de salida laboral, y la suspensión de clases por dos días en escuelas públicas. Las pandillas salvadoreñas han evolucionado desde que nacieron hace más de 20 años. Son ahora más complejas en su composición, en sus métodos, en sus fines. Y ejercen en El Salvador, en estos momentos, poder político.

Por eso no es extraño que la MS y el Barrio 18 (B18), las dos principales pandillas de El Salvador sean transnacionales, y tengan presencia en Guatemala, Honduras, México, y de regreso en Estados Unidos. Al fin y al cabo se trata de un modelo de éxito, que trasciende en mucho al espacio que las élites asignan a los adolescentes de zonas marginales, y redibuja los roles tradicionales de incidencia.

Las pandillas no alteran, sin embargo, la lógica de violencia y exclusión a la que en teoría responden, sino que la multiplican. Lejos de reivindicar el espacio público lo que hacen con él es apropiárselo, someterlo a su ley; las pandillas privatizan, como una nueva élite barrial, el espacio público. Las pandillas son también sectarias y militantes, no aceptan la diferencia, no reconocen al otro. Y reproducen un modelo de sociedad que no se basa en la relación entre iguales ni en la suma de grupos diversos, sino en la exaltación de la fuerza, la represión y el castigo.

El uso de la violencia es casi natural en una sociedad, la salvadoreña, cuya historia prueba que esa fue siempre la única herramienta efectiva para ejercer poder o revertirlo. En El Salvador se hizo política desde las armas, con niveles de brutalidad extraordinarios, hasta 1992, y obviamente otras formas de violencia han sobrevivido a los acuerdos de paz. Pero no se puede obviar que en su recurso a la violencia como palanca, como grito, las pandillas acorralan a una sociedad que, en teoría, —al menos en teoría— está tratando de romper con esa tradición de violencia política.

Las pandillas son parte de la sociedad escupiéndole a la otra parte sus contradicciones y taras, pero en El Salvador se alejan mucho del concepto de *violencia revolucionaria* que en ocasiones se da desde las ciencias sociales a otros movimientos juveniles. Si, como ya se ha dicho, las pandillas actúan como espejo de la tradición histórica y de la herencia cultural de la represión, en estos momentos se han convertido en el último brazo ejecutor de esa tradición represiva, en contra, una vez más, de la mayoría de la sociedad salvadoreña.

Dicho esto, ¿dónde quedamos los periodistas, teóricos cronistas de esa sociedad? Francamente, casi en la basura. Somos parte del fracaso colectivo de quienes –incluyo a universidades, organizaciones civiles, liderazgos políticos...– estábamos llamados a lograr que una sociedad como la salvadoreña entendiera lo que le estaba sucediendo al término de la guerra, cuando las pandillas eran efectivamente una simple expresión de la marginalidad juvenil, y pudiera tomar decisiones al respecto.

Si el periodismo en general, y el latinoamericano en concreto, se alimenta de estereotipos, en El Salvador se han sumado los intereses comerciales de los medios, los intereses políticos que atraviesan toda palestra y, sobre todo, la falta de tradición democrática y la deficiente formación cultural y académica de los reporteros, para resultar en una cobertura superficial, no tanto amarillista en el habitual sentido mercantilista del término sino, más bien, alarmista (por cuando está determinada por el miedo generalizado del que también los periodistas están contagiados), e ignorante.

Hay que insistir en el miedo como factor. A comienzos de octubre de 2010, al recibir el premio de la Fundación Nuevo Periodismo Latinoamericano (FNPI) a toda su carrera, el periodista peruano Gustavo Gorriti decía, en referencia al tratamiento del narcotráfico en México, que los periodistas no podemos dejar que el miedo se convierta en nuestro editor. En El Salvador, aunque esto es aplicable a todo el triángulo norte de Centroamérica, se perdió esa batalla, y hay que reiniciarla.

En parte esa derrota ante el desafío de narrar y explicar se debe a la falta de habilidades, en parte al temor, pero también a una desidia asentada en la soberbia de creer que la pandilla es ‘eso otro’, que los pandilleros son ‘ellos’, grupos ajenos a la sociedad deseable, que habitan un espacio marginal y, cuando matan o roban, invaden a los buenos ciudadanos entre los que los periodistas, aun los más corruptos o negligentes, se ven a sí mismos. Por eso en El Salvador ningún reportero ni medio ha dedicado gran esfuerzo a hablar de los procesos de cambio experimentados por las pandillas en la última década; a la evolución de su red de relaciones con las comunidades en que se asientan; al papel de las jainas, las mujeres pandilleras; al adelanto en la edad de inicio en la pandilla; a la evolución de sus negocios, ilícitos unos, lícitos otros; o a la importancia de las cárceles en la estructura de las pandillas hoy. Las lógicas internas y cam-

bios de filosofía en ese mundo paralelo no importan; los que están en la cárcel, ya que es políticamente incorrecto exterminar a los que están fuera, que se mueran, que se pudran.

Como defienden algunos estudiosos, es probable que sea necesario abrir nuevas formas de expresión política a grupos que, como las pandillas, se han pronunciado hasta ahora esencialmente a través de la violencia. En el caso salvadoreño parece una premisa aplicable a una parte, solo una parte, de los actuales pandilleros; aquellos que exploran aún su propio rumbo y no conforman todavía redes de crimen organizado. Pero de un periodismo que no logra, no sabe, promover la democracia incluyente en los espacios centrales de la sociedad, ¿cabe esperar buen pulso al abordar la reorientación de un fenómeno de la intensidad y desafío que suponen las pandillas? Sin caer en la autocomplacencia: de un periodismo que no encara al poder político y económico, y que, cuando da espacio a las juventudes integradas en el discutible mundo de lo válido, lo hace solo con secciones musicales, de tecnología o de moda, ¿cabe esperar que se arriesgue y además sepa ayudar a que los salvadoreños asimilen de forma productiva la quema de un bus con 20 pasajeros dentro, como parte de una pugna por mercados de droga?, ¿que contextualice el hecho de que una pandilla arrebate a un bebé de 13 meses de los brazos de una joven rival y lo degüelle con una cuchilla de afeitar? ¿Que busque la raíz del hecho de que pandilleros chantajeen sistemáticamente a familias y las obliguen a que envíen a sus hijas adolescentes a visitar cárceles y mantener relaciones sexuales con reos pertenecientes a la misma pandilla?

En 2005, la redacción de La Prensa Gráfica, espoleada por el asesinato de uno de sus miembros en un robo, inició un proceso de reflexión y debate que derivó en la elaboración de un manual de tratamiento de la violencia. Sin entrar en el acierto o desacierto de su contenido que, por ejemplo, prohibía nombrar a las diferentes pandillas por su nombre, para evitar así que compitieran por ocupar espacio en las páginas de sucesos, o incitaba a dar espacio a iniciativas exitosas de prevención o rehabilitación, lo cierto es que el esfuerzo derivó en fracaso. Al cabo de tres años ciertos aspectos del manual se aplicaban convertidos en rutina, pero no había sobrevivido ningún intento por garantizar una cobertura comprensiva de los múltiples fenómenos asociados a la violencia; se seguían opacando

ciertas prácticas criminales con una montaña de noticias sobre asesinatos atribuidos con ligereza a las maras; y la labor de investigación se limitaba a vencer el silencio policial sobre la cifra de homicidios de cada mes, o a lograr, antes que la competencia, ciertos informes de la Fiscalía.

Ahora que la pandilla ha evolucionado y la barrera entre síntoma y problema se desdibujan, todos los días se pone en evidencia la incapacidad de los medios de comunicación salvadoreños para procesar esa complejidad. Si nunca se hizo entendible para la sociedad el discurso que escondía la violencia de las viejas pandillas, ahora no se alcanza a distinguir dónde termina la vertiente social del fenómeno y dónde arranca su carácter de grupo puramente criminal, regido por los intereses comerciales de familias enteras que viven del delito.

En el actual contexto de crisis de los periódicos de papel y vanalización de la programación televisiva, no hay señales que hagan esperar cambios rápidos en el periodismo que hacen los principales medios de comunicación centroamericanos en su abordaje de las pandillas o de otras facetas de nuestra realidad de violencia. Cambiar, mejorar, sería caro y requeriría una creatividad poco habitual. Además, los abordajes nacionales del problema son insuficientes; la violencia en Centroamérica, asociada a rasgos culturales, a las pandillas o al empuje del narcotráfico y el crimen organizado, solo se puede entender desde la mirada regional. Solo el trabajo de reporte especializado, paciente, y probablemente desvinculado de las redacciones tradicionales puede servir para explorar, al menos, los derroteros por donde deberá transitar el periodismo centroamericano en este campo.

Pero ese desafío no es solo de los periodistas. Si aceptamos que el fracaso es colectivo, todos los liderazgos deben hacer autocrítica y también la academia debería revisar sus formas de incidencia y de comunicación con la sociedad; así como sus formas de abordaje de fenómenos extremadamente cambiantes sobre los que todos necesitamos información comprensiva casi en tiempo real.

En Centroamérica, si hablamos de pandillas, de homicidios, de narcotráfico, de normalización de la violencia, nadie puede, salvo desde la soberbia del observador externo y libre de consecuencias, decir que sabe dónde está parado. Y reconocerlo, y revisar premisas y métodos de trabajo, puede ser un buen comienzo.

Este libro se terminó de
imprimir en septiembre de 2011
en la imprenta Rispergraf
Quito, Ecuador